

Suscripciones de Madrid  
y venta de números.

Plaza de Matute, 2.

## EL CASCABEL

Dirección.

Calle de Serrano, núm. 82  
Barrio de Salamanca.SEIS PESETAS AL AÑO EN MADRID.  
NÚMERO DEL DÍA DOS CUARTOS.

MADRID 17 DE OCTUBRE DE 1875.

SIETE PESETAS AL AÑO EN PROVINCIAS  
NÚMERO ATRASADO: MEDIO REAL.

ADMINISTRACION: PLAZA DE MATUTE, NÚM. 2, LIBRERÍA: MADRID.

## SUSCRICION

para erigir un modesto monumento á Miguel Cervantes  
Saavedra en Alcalá de Henares.

	Rvn.
Suma anterior.....	2.909
D. Federico Granados, vice-cónsul general de España en New-York.....	100
D. Santiago Puig, de New-York.....	100
D. Diego P. de Baños.....	20
Sr. Coronel Fitch.....	20
D. Antonio R. del Castillo (de Barcelona)...	20
	3.169

En Madrid se reciben las suscripciones en la administración de EL CASCABEL, Plaza de Matute, 2, y en la calle de Carretas, 3, depósito de objetos de óptica del Sr. Linares, óptico de S. M.

## COSAS DEL DIA.

## ULTIMAS IMPRESIONES.

Savalls entró Suiza con hijo. Que no vuelvan, pide la humanidad.

D. Carlos escamado. Teme que acabe pronto de hacer papel de rey.

Tiene un humor de los demonios.

Aspirantes á diputacion agitanse mucho, buscan apoyo, piden recomendaciones, ofrecen hacer felices á los electores. Todos no quieren más que hacer dicho-so al país; y para ellos nada, absolutamente nada.

Balaguer entró en Academia Historia. Sabe más historia catalana que todos los historiadores juntos. Sea muy enhorabuena.

Echegaray escribió un drama y Vico lo representó. Triunfo completo. El drama vale, pero sin Vico valdría menos. Y si nó, ya me lo dirán cuando se represente en provincias.

Aquello es tremendo.

Si otro autor hace un drama con aquel asunto, le parte el público por el eje. Pero Echegaray tiene el don de imponer al público.

A mí no me gusta el género á que pertenece el drama; pero tengo que aplaudirlo, porque hay allí algo sublime, extraordinario, que le obliga á uno á aplaudir, diciendo: «¡Cuidado que es fuerte cosa, que no gustándome estas terribles escenas, me entusiasme contra mi voluntad!»

Revilla ha juzgado magníficamente el drama, en un artículo inserto en *El Cronista* el día siguiente al de la representación.

Obtienen gran éxito en Madrid dos hombrillos de Aznalfarache, que siendo ya hombres de más de veinte años, parecen niños.

Estos hombrillos son solteros, y supongo que ya tendrán encargadas dos mujercitas de su tamaño para contraer matrimonio; porque no han de ir á casarse, me parece, con mujeres de tamaño regular.

Hay mujeres, sin embargo, que tendrían gusto en tener maridos como los hombrillos de Aznalfarache; entienden que serían un juguete precioso, bien que ellas son capaces de hacer juguete al hombron más colosal y que más barbas tenga.

Aunque son muy chicos los hombrillos de Aznalfarache, todavía los hay más pequeños, bien que suelen tener cuatro piés, y cinco, y aun cerca de seis.

Fuera de lo que digo á Vds. en los anteriores renglones, no pasa nada que digno de mencion sea. Lo que hace es un frío, y corre un aire, que recomiendo á Vds. mucho abrigo y mucha tila.

## LOS GORDOS.

## I.

Los gordos de que voy á hablar hoy son los hombres y las mujeres que, como suele decirse, están de buen año. Puede ser que haya quien afee el nombre que les doy suponiendo que es más fino llamarles gruesos ú obesos. Yo no sé más que llamar al pan pan y al vino vino, y lo cierto es que á mí mismo, aunque á Dios

gracias no es cosa mayor mi gordura, me dicen los que hacia mucho tiempo no me habian visto y me suponian en los huesos pelados con los trabajos que me pasan y el genicillo que voy echando con las picardías que veo en el mundo:

—Hombre, qué gordo se va Vd. poniendo!

—Está Vd. muy gordol

—Ha engordado Vd. mucho desde que no nos vemos!

Si el nombre de gordos es mal sonante y usado antonómicamente se presta á equívocos que yo soy el primero en lamentar, ¿qué culpa tengo yo de eso? Yo no he inventado esa palabra, todos la usan, no es de aquellas que el Diccionario de la lengua castellana no se atreve á usar, no ofende el pudor ni la religion, y ni siquiera subleva el estómago. Gordos y gordas he de llamar, pues, á los hombres y las mujeres que están de buen año.

No se puede negar que entre los que se hallan en este caso, los hay angelicalmente candorosos. Un amigo mio, muy gordo, convenia la otra noche en que la gordura es una verdadera enfermedad, y se quejaba de que los que la padecen no tuviesen algun santo especial abogado, como tienen, por ejemplo, los que padecen peste á San Roque, los que padecen tercianas á San Antolin, y los que padecen amor á la Magdalena.

—¡Hombre! le dijo un chusco, si le tienen Vds.

—¿Y cuál es?

—¡Cuál ha de ser, hombre! San Anton.

—Tiene Vd. razon, hombre! No habia caido en ello, contestó candorosamente el gordo.

Chuscadas como esta me hacen poquísima gracia; porque no se debe abusar de la inocencia.

Príncipe escribió una ingeniosa fábula cuya moraleja es:

Ten la naturaleza por amiga  
y aunque no comas echarás barriga.

Yo no puedo convenir en que merezca el nombre de amiga la naturaleza que favorece ó cuando menos consiente los extravíos abdominales.

En uno de mis librecitos he dicho, poco más ó menos, lo siguiente:

«¿Quién, por poco tentado á la risa que sea, no se rie al oír: «Oiga Vd., D. Lesmes» ú «oiga Vd., D. Canuto?»

Un amigo mio que tiene la desgracia de llevar un nombre de estos que hacen reir, me decía un día:

—Dos desgracias hay en el mundo que ni siquiera cuentan con el consuelo de la compasion: el ser gordo y el tener nombre ridiculo. Usted mismo que es amigo mio y me quiere sinceramente, tiene que hacer un violento esfuerzo para no reirse cuando me nombra ó cuando le refiero los disgustos que me proporciona el llamarme como me llamo. Más de una vez, al hacer una visita, he oido la explosión de risa que causaba mi nombre al anunciarme el criado de la casa. Así es que hago todo lo posible, particularmente delante de señoras, por no decir cómo me llamo, porque ¡con qué cara digo yo en ninguna parte que me llamo D. Trifon!

Tenia razon mi amigo: casi con lágrimas en los ojos me contaba esto, y sin embargo, no pude reprimir la risa, tanto más cuanto que recordé en aquel instante una anecdota que á propósito de su nombre y su mucha corpulencia, cuenta con mucha gracia é ingenuidad un ilustre artista y sacerdote llamado D. Hilarion. Hallándose éste en Sevilla en una casa de huéspedes, notó que la patrona le llamaba constantemente D. Hilarion, y como le dijese que le llamara D. Hilarion, la buena mujer le contestó: ¡Ave-María, señor! ¡Me habia yo de tomar esa libertad! Eso se queda para sus amigos de Vd., que le tratan á Vd. con confianza, pero estaria muy feo en mí que debo tratarle á usted con respeto, sin meterme en si es grande ó chico.» Como se ve, la patrona creía que el aumentativo se referia á la corpulencia del Sr. D. Hilarion.

Mi amigo tenia razon al decir que el ser gordo es otra verdadera desgracia que inspira risa cuando solo debiera inspirar compasion. Las personas obesas están expuestas á accidentes muy graves, se fatigan al

menor esfuerzo, han perdido su agilidad y su belleza, y hasta su inteligencia participa de la torpeza de su cuerpo. En una palabra, son tan desgraciadas y por tanto dignas de compasion como aquel que padece una grave enfermedad, y como no ignoran esta desgracia, apenas dan un paso sin que el amigo que más las quiere venga á clavarles un puñal en el corazon, exclamando:

«—¡Hombre, Vd. engorda sin vergüenza!

O:

—¡Está Vd. hecho un tocino!

O:

—¡A dónde vá Vd. á parar con tanta barriga!»

## II.

Hace dos años que me entristecen mucho los gordos, á pesar de que á la generalidad de las gentes hacen reir y aun entre ellos mismos son muchos los Demócritos y Heráclitos. Es que hace dos años volví á Madrid despues de estar diez ó doce ausente de él y en este tiempo, en que tanto ha enflaquecido España, los gordos se han multiplicado prodigiosamente en su mayordomía general, que es Madrid. Donde yo he vivido durante esos diez ó doce años son rarísimos los gordos, y sin duda consiste en que allí la vida es tan activa y laboriosa cuanto sedentaria, por no decir holgazana, es aquí. No sé lo que en esto pasara en nuestras provincias del Mediodía, pero en otras y particularmente las del Norte, ¿quién, aun en las capitales, se acostaba despues de media noche y se levanta cerca de mediodía, si no se levanta más tarde, y pasa holgazaneando el tiempo que media hasta que se vuelve á acostar, como hace en Madrid siquiera la cuarta parte de la gente?

No diré yo que todos los gordos lo sean por ser holgazanes: conozco muchas y muchos que echan barriga á pesar de su constante actividad física é intelectual, y testigos de ello son dos de nuestros más insignes compositores de música; pero esa es la excepción de la regla. Lo que el buen Príncipe (que por cierto era tan pobre de carnes como rico de entendimiento) llamaba amistad de la naturaleza, se toma á veces la libertad de poner la carne á puñados sobre los huesos, aun á los que trabajan como negros (léase esclavos), y ayunar como maestros de escuela (léase más esclavos aun), pero la verdad es que, sea por amistad de la naturaleza, sea por amor á lo que los italianos llaman el *dolce far-niente*, ó sea por afición á lo que el vulgo llama las buenas tajadas y el trago, Madrid está lleno de gordos de ambos sexos.

Aunque yo procuré vivir al corriente de quiénes son y de la vida que llevan nuestros principales literatos, poetas, artistas, hombres de ciencia, militares y políticos, conozco de vista á muy pocos, tanto por mi afición á no salir del rincón de mi hogar, como por haber estado muchos años ausente de este Madrid, que es como el hogar comun, y por tanto, el engordadero de todas las notabilidades de España; pero á pesar de esto, conozco gente de mucha barriga en todas las profesiones que he nombrado. Como se debe decir el pecador y no el pecaador, y aunque ya he dicho que estoy muy lejos de creer pecadores á todos los gordos, me abstendré de citar nombres y solo diré, al hablar de individualidades que revientan de gordas, que recuerdo en este instante las siguientes: entre los literatos, seis; entre los puramente periodistas, tres; entre los poetas, dos (y aun me parecen muchos); entre los artistas dramáticos, seis (tres pertenecientes al bello sexo); entre los pintores, dos; entre los hombres de ciencia, ocho; entre los generales, diez (cuatro de ellos de órdago), y entre los políticos... ¡la mar! (como se dió en decir en Madrid mientras yo vivía viéndola desde mi ventana).

Pero donde la gordura hace escandalosos progresos en Madrid, es en el bello sexo, y digo escandalosos no por nada malo, sino porque mujer que empieza á ponerse gorda, mujer que empieza á ponerse fea. Así, un poco entradas en carnes, casi casi me parecen más guapas las mujeres que no son feas, y sin duda por esto dice un amigo mio que, al leer, poco hace, en los

anuncios judiciales que publica la *Gaceta*, el de un juez que mandaba proceder á la busca y detencion de una jóven, entre cuyas señas estaba la de «cachigordeta», tuvo tentaciones de dedicarse á buscarla y detenerla... en su casa.

Pues si señor, no me disgustan las mujeres cachigordetas; pero en pasando de ahí, mi amor se convierte en compasion. No sé si fué compasion ó qué lo que sentí la otra tarde en el Retiro viendo á una señora, de más de treinta años, de polison anterior y posterior, y sortijillas pegadas con saliva ó cosa así, decir á un *gomoso* de veinte: «¡Qué malo es Vd!» sonriéndole con coquetería de niña inocente, y poniéndole los ojos lánguidos.

Voy al teatro, voy de paseo, voy á cualquiera parte, y á cada paso me echo á la cara señoras y señores que todavía en la primavera ó, cuando más, el estío de la vida, han alcanzado la plenitud del *coram sua*. En Madrid el término medio es lo que ménos abunda en el bello sexo: ó las mujeres son delgaditas como juncos cimbreadores, ó son lo que el vulgo designa con la frase «estar de buen año.» Los juncos cimbreadores, que generalmente tienen en el extremo superior, cuando no una rosa, una azucena, son el extremo que más me gusta.

Confieso que me afige, por varias razones, la muchedumbre de gordos que hay en Madrid. Estas razones son: primera, la verdadera desgracia que es la gordura; segunda, la excesiva ociosidad y el excesivo regalo que, salvas muchas y honrosas excepciones, revela la gordura; y tercera, el que, si es cierto, como por ahí se dice, que engordan los de buena pasta y ánimo plácido y sereno, la recompensa física de estas buenas cualidades del alma sea una verdadera desgracia. Verdadera desgracia es y debo repetirlo, la de aquel que no tiene siquiera el consuelo de la compasion; pues hasta el amigo que más le quiere, exclama groseramente cuando le encuentra:

—¡Hombre, engorda Vd. sin vergüenza!

Ó:

—¡Esta Vd. hecho un tocino!

Ó:

—¡A dónde vá Vd. á parar con tanta barriga?

ANTONIO DE TRUEBA.

## LAS MUJEBES Y LAS MODAS.

ESCRITO DE RÉPLICA.

En nombre de las señoras mujeres, que son las criaturas más hermosas de la tierra (no sé si en el cielo las habrá), y solicitando sean absueltas libremente y con pronunciamientos favorables de la acusacion que les imputa la parte actora, sin causa justa y con notoria mala fé, por lo cual procede se condene á esta en las costas todas del procedimiento.

Y no se asusten mis lectores, si en el párrafo anterior no hallan sentido: en estilo forense se sobreenfienten muchas cosas que no se dicen, y tal sucede respecto del obligado comienzo de un informe cualquiera, literalmente aplicado en las precedentes líneas al asunto objeto de este litigio. Léase antes de la preposicion, que las encabeza, el indicativo «vengo,» y habremos salvado toda incorreccion.

Desde tiempos antiguos, respetabilísimos señores hombres, erigiéndose Vds. en tribunal único competente, han llamado á la barra á la mujer y la han juzgado y la han condenado sin escrúpulo. Y ¿qué título pueden ostentar Vds. en justificacion de las gravísimas angustias atribuciones que se arrogan? ¿Por qué son siempre los hombres jueces y las mujeres acusados? ¿Por qué ellos son los más y ellas las ménos?... ¡Error! La estadística afirma cabalmente lo contrario. Y he apuntado esta, que pudiera invocarse como razon fundamental, sospechando que, en efecto, se invocara por motivos de analogía; por lo demás, me parece una solemne estupidez el imperio de las mayorías, que rige, sin embargo, y alborota el mundo.

¿Será porque ellos son los fuertes y las débiles ellas? ¡Rámonos en confianza de nuestra fuerza, respecto del otro que llamamos débil sexo. La más leve complacencia, el favorcillo más ligero de una Eva ¡cuántos Adanes ha trastornado, enloqueciéndoles? Y no acudiré á la historia en vano alarde de erudicion indigesta: no citaré, para probarlo, á Antonio, el *seducido* de Cleopatra, ni á nuestro Rodrigo, amartelado de la Cava, ni al mismísimo Salomon, que las amaba al por mayor: victimas de ellas, el uno perdió en Actium sus Estados, el otro perdió un reino en el Guadalete y el otro perdió su alma... y fué el que más perdió. Aunque en pró de su salvacion, aduce un amigo mis argumentos que persuaden: dice que viviendo entre tantas señoras (ó cosa así) debió gustar ya en vida, como suficiente pena, las dulzuras del infierno.

Ustedes opinarán; si bien quiero advertirles que es casado mi amigo el preopinante.

Prescindo,—ya lo he dicho—de la historia, arsenal de todas armas, donde los más contradictorios asertos hallan por igual confirmacion y apoyo. Bástame el testimonio del mismo Sr. Trueba, mi respetado contendiente. Levante el dedo y por rarísima excepcion le contaré, si no se hace unas mieles y se relame y se encandila (perdóneme los verbos), conquistado de una sonrisa tierna de lábios que provocan ó de una mirada dulce de ojos purísimos que besan. ¡Se ponen tan alegres los hombres con esas tonterías! decía cierta señorita que nos conocia bien. Tan alegres y tan blandos, digo yo. ¿Qué es en tales casos de nuestra fortaleza proverbial?

Por llegar á merecer esas tonterías, como galardón precioso, hay quien se pasa las horas suspirando tristemente cabe la reja de la señora de sus pensamientos, ó echando pitillos con los mozos de la esquina, que es lo más práctico. Hay quien se dedica, en preliminar indispensable, á hacer la corte á la doméstica de su Dulcinea, ó á sobornar ¡al aguador! que la provee del líquido del Lozoya. Hay quien vá como perro faldero tras cierta rubia de mirada lánguida. Hay quien sale en invierno á las tres de la madrugada para entablar un diálogo, desde la calle á un tercer piso,

sin mirar que es desatino  
que amor que los vientos bebe,  
se exponga á que el viento lleve  
un «yo te adoro» al vecino,

como digo yo en una comedia que por fortuna para el público, para la empresa y para mí, no ha visto la luz del gas.

Y todos aquellos voluntarios tormentos á que respectivamente y segun las aficiones se someten gustosos y aun felices los señores hombres; sólo una explicacion consiguen que por lógicos los excusa: el hombre *hace el oso* porque pierde el juicio: lo uno es legítima consecuencia de lo otro; y todo es obra consciente ó inconsciente de la mujer. Quieran ellas, el sexo débil, y bailarán en un pié ellos, los varones fuertes. No es conveniente decirlo, pero es preciso reconocerlo. Y se dá el fenómeno desde el primer día de adolescencia del mancebo: ¡tanto ha querido Dios que en los hombres influyan las mujeres! Miren Vds. á ese adolescente, y voy á poetizar un poco.

El que era ayer travieso infante á quien la *pelota* y el *marro* hacian dichoso, absorbiendo por completo sus pensamientos, hoy ni gusta de aquellos juegos, ni á sus compañeros de travesuras se reune: huye de su mirada la expresion de infantil alegría que irradiaba antes, y languidece el carmin de sus megillas y tórñase pensativo y melancólico. La soledad que le amedrentaba, ahora le place, y allá en el fondo del valle, entre árboles y flores, pasa las horas, al arrullo de las brisas, en hondas meditaciones abismado. ¿Qué transformación es esta? ¿en qué piensa así absorto el niño que pocos días há corría inquieto por el valle, turbando con alegres gritos el silencio que hoy le arropa, solo interrumpido por el gorgojo de las aves en las ramas? ¿Por qué dirige constante la vista al cielo y si al bajarla la fija en la próxima casita blanca que entre el ramaje se eleva, encléndese de pronto su semblante é inclina la cabeza sobre el pecho?... Es que ha averiguado—y no sabe cómo—que no es solo el corazon órgano indispensable fisiológico: es

«que las pasiones del hombre  
comienzan á dominarle;»

es que cada latido le revela un misterio, y cada mirada le descubre un mundo; es que en la casita del valle vió la otra mañana á una niña de ojos azules y cabellos de oro, blanca como la azucena que crece en su ventana, sonrosada como la luz del alba que la despierta. Y el niño se siente hombre sin dejar de ser niño, y su mente halaga dulcísimos ensueños, y su corazon se ensancha palpitando. Y allá vá todos los días, ansioso de ver á la virgen que embarga sus pensamientos: feliz si verla consigue. Pero siempre triste, y abatido siempre, ó brota de sus lábios un suspiro ó los párpados entorna ensimismado. Quizá una idea que le asalta le sonroja; quizá entonces toma forma en su pecho ese desco vago, indefinible, que agita y encalma á un tiempo; y se abstrae y se remonta tras la imagen pura de su ilusion divina.

El inocente, que de pronto dejará de serlo, ha abierto los ojos á nuevos horizontes, y el corazon á nuevos sentimientos. Podrá ser esto un beneficio ó una desventura: las necesidades todas pueden mirarse bajo ambos aspectos en cuanto á la labor, penosa siempre, que su satisfaccion exige, y en cuanto al placer que su misma satisfaccion produce; pero el hecho es de todas suertes apreciable: necesita amar, como necesita respirar; y amar á la mujer, la de la sencilla casita del valle, ó la del ostentoso palacio de la ciudad, la rubia ó la morena, la alta ó la baja, la del-

gada espiritual ó la robusta mocetona. Dentro del género entran ya aquí las variedades de la especie.

Y no se crea, por lo dicho, que desconozco ó niego los merecimientos, verdaderamente envidiables, que conquistan los que, venciendo á sí mismos, sacrifican al consejo del Evangelio la pasion quizá más poderosa: ni se suponga siquiera que á otra me refiero que no sea la santificada ante el altar. Los que aquello logran merecen sin duda el más glorioso premio: la virtud de la castidad es la más hermosa, porque es tal vez la más difícil de conseguir. É instintivamente se reconoce por todos—aun por los que quieren desnaturalizarla—el verdadero valor que tiene. Los que no somos perfectos, amamos y admiramos la hermosura personificada en hechizos femeniles; pero ¡amamos y respetamos esa hermosura cuando procaz se ostenta y desenvuelta de igual modo que cuando el pudor la esmalta y enaltece? ¿Y qué es el pudor sino el destello de la virginidad?

Hé aquí tambien contestada en estas líneas una observacion que, en son de reparo justo, me dirigia el Sr. Trueba. A mí no me gustan todas, no señor, en el supuesto que hacia aquel escritor ilustre, de que «gustar» significa precisamente afan imprescindible de «cargar para siempre con la chica rubia ó con la chica morena que me extasie ó me arrebate.» Si estas son como yo me las estoy imaginando en este instante, me entusiasmo en efecto, y soy capaz, al dar con ellas en la calle, de mirarlas lo más amablemente posible, y aun de decirles cuatro cosas al oído. Pero... *pas plus*: de ahí no paso por el pronto. Es decir, que me han gustado, estáticamente consideradas, como me gusta una obra de arte, cualquiera que sea: un lienzo de mi amigo Entrala, que es ya un buen pintor de marinas, ó un artículo de Vd., Sr. Trueba, que es un escritor sin rival posible. Para arriesgarme á afirmar que me gustan la rubia ó la morena con más trascendentales fines: para darles mi mano, por ejemplo (Dios me tenga de la suya), á mucho y mucho y defendido exámen las tomaría, y mucho y mucho me tentaría la ropa precavido. En este orden de ideas convengo con mi homónimo el cirujano de la aldea del Sr. Trueba; y al pesar en mi romana, á las mujeres les quito el envase, y al apreciar su valor, rebaje la tara. Pero vengán acá todos los dignos representantes del sexo feo, y confiesen con sinceridad si juzgan siempre al sexo hermoso con propósitos tan graves: ni siempre ni generalmente. Ni un marido podría, en aquella hipótesis, reconocer la belleza de otra que no fuese su mujer, sin dar motivo á que se le atribuyesen las que, en su situacion, serian forcidas, reprobadas intenciones.

Conste, pues,—y demostrado está—que si el hombre es el rey de la creacion, la mujer es la reina y señora del hombre; porque á serlo tiene un derecho, que Dios le ha concedido al concederle gracias que nos subyugan y nos dominan desde que empezamos á gastar levita. No avanzaré, empero, á sostener, siguiendo al Dr. Encinas, que la mujer precedió al hombre en el orden de la creacion; que yo, entre el Dr. Encinas y la Biblia... con la Biblia me quedo.

¿Cómo se atreve el esclavo á condenar á su señor? Es esta la razon primera de mi discurso, el principio capital de mi racionio; y de esta mi trincheria no me arrojan los más certeros tiros del contrario. Los hombres no pueden juzgar á las mujeres, ni por ser los más, ni por ser los más fuertes. ¿Acaso por ser los mejores; porque siendo ellos unos santitos, se extravían por otro lado ellas? El Sr. Trueba me suministra la contestacion más contundente: «¡Buenas son las señoras mujeres para extraviarse solas! ¡En esto de querer compañía se parecen á los señores hombres!» Pues es claro: ya habia dicho, muchos años hace, el principe de los poetas contemporáneos:

«No ves, hombre baladí,  
que ellas no pueden pecar  
sine contigo y por tí?»

Y en último extremo, si incurren en ridiculeces, si tienen manías,—y como axiomático lo concedo—manías y ridiculeces tenemos tambien nosotros, segun doña Luisa, mi coadyuvante ahora, que sabe sin duda á qué atenerse respecto al sexo femenino.

Y en virtud de lo expuesto, repitiendo al terminar la súplica del comienzo, es mi anhelo vehemente, por razon, por equidad y por galantería, que los hombres se guarden de condenar á las mujeres, ora ensanchen la falda, ora la estrechen, ora eleven el moño ó lo rebajen, ora, en fin, erijan en institucion la moda ó la reduzcan—y ¡ojalá!—al adorno honesto «que ni honra ni amor quita.» *De todos modos*, siquiera más ó ménos extravagantes, serán ellas la hermosa mitad del género humano, y ellas y ellos flores del verjel de Dios, que han de confundir sus aromas en la altura.

Otro sí digo: Que, como remedio postrero á las injusticias de los hombres, hállome dispuesto, mis amadas defendidas, á repararlas por mi parte en cuanto

pueda, si, prescindiendo de vuestros detractores, á mi acudís todas demandándome consuelos. Si así fuera, casi me alegraría de que perdiérais el pleito.

F. JAVIER UGARTE.

### DEFENSA DE LAS MUJERES.

Héme aquí entre dos fuegos, puedo yo decir, empezando este artículo, como el Sr. Ugarte el bien escrito suyo que tengo á la vista, titulado «Para alusiones personales.»

Ciertamente, se necesita toda la ayuda de la razón y la justicia de la causa que defiende, para atreverse á discutir con dos literatos tan distinguidos como los Sres. D. Antonio de Trueba y D. Javier Ugarte, una mujer solo avezada á los cuidados del hogar doméstico, y sin el talento que galantemente le conceden dichos señores, por lo que de todos modos les quedo agradecida.

El Sr. Ugarte, arrepentido de haber casi defendido al sexo débil de las inculpaciones de frívolo y ligero que le dirigió el Sr. Trueba, se pasa al enemigo con armas y bagajes, diciendo: que le duele mi enojo y el de mi sexo porque no empezase á garrotazos con el señor Trueba, pero que no le era posible defendernos, aunque por profesion defiende toda clase de criminales.

Apruebo la conducta del Sr. Ugarte: la defensa de criminales como los que el Sr. Trueba atribuye á las mujeres, no puede honrar á abogados de su mérito, cuando la simple esposición de los hechos basta para absolverlos. Solo una dificultad poderosa hallo para la defensa, el talento de los acusadores; pero la verdad al fin triunfa siempre de las argucias del talento.

Yo no he negado en mi carta al Sr. Director de EL CASCABEL, que algunas mujeres dieran pruebas de frivolidad, aceptando cuantas modas, por ridículas que fuesen, nos envían del extranjero; me he limitado á decir al Sr. Trueba: «¿Por qué crugir el látigo de la crítica solo sobre la mujer en faltas comunes á los dos sexos?»

Esto repito ahora, porque mi Sr. D. Antonio y mi Sr. D. Javier no me han convencido de lo contrario, y digo más; al hombre toca la dirección social; para eso se le dan estudios, se cultiva su entendimiento y se le pone en condiciones de ejercer sensatamente su autoridad; y él, con su ejemplo, arrastra á la mujer por el camino de las innovaciones, y de la imitación de todo lo extranjero: ¿de dónde sino han importado tantos sistemas políticos como en pocos años se han ensayado en nuestra patria? ¿De dónde esas ideas filosóficas (¡qué mal les cuadra tan bello nombre!) que tratan de minar nuestras católicas creencias? La literatura española, ¡cuánto no se ha afrancesado!

Nada se aprecia aquí si no viene de otros países; nuestras costumbres se van pareciendo mucho á las de la república vecina, y nada tiene de español el traje que usan ahora los señores hombres.

Pues si esa es la atmósfera que se respira, ¿cómo la mujer, subordinada siempre al hombre, no ha de aceptar las modas extranjeras, cuando se las ve adoptar al padre, al marido, al hermano, al amigo, al diputado, al publicista, al discreto, al ignorante, á todos los hombres, en una palabra, y no solo en los trajes, sino hasta en las costumbres é ideas?

Sé muy bien que aún hay en España quien ama el carácter propio del nativo suelo; y particularmente en literatura; buenos ejemplos de ello son el señor don Carlos Frontaura, el Sr. D. Antonio de Trueba, el Sr. D. Javier Ugarte y algunos otros cuyo castizo lenguaje, pura moral y grato estilo, hacen las delicias de sus lectores; pero, amigos míos, las excepciones no hacen regla!

Me dice el Sr. Trueba que la generalidad de mi sexo exagera las modas, al paso que los que incurren en igual falta, son la excepción del suyo. Esta es una cuestión de apreciación, Sr. D. Antonio, yo juzgo que allá se vá el número de unas y otros; pero aun concediendo que fuera mayor el de las señoras, hay que tener en cuenta, que los trabajos del hombre deben dominar más su espíritu, le dejan menos tiempo para ocuparse de fruslerías, y necesariamente han de dar á sus pensamientos un giro más severo. Y sin embargo, en todos los periodos de la historia se ha dejado llevar de su afán á exagerados adornos. Las enormes pelucas del tiempo en que se prostituía la razón separándola de toda creencia, las voluminosas golas de la época de Felipe IV, los extravagantes trajes de increíbles que produjo la revolución francesa, las coletas de principio de siglo y tantos otros *admiráculos* como en cuadros y tapices vemos, son irrefragables testimonios, de que el hombre, á pesar de su talento y gravedad, no ha pagado menos tributo que la mujer á las exi-

gencias de la moda; á cuyos caprichos más ó menos sujetamos todos, sopena de incurrir en escandalo.

Los genios que florecieron en todos los tiempos han rendido forzoso culto lo mismo que los hombres vulgares á la veleidosa deidad, y por consiguiente mal podrían desdeñar á las mujeres que hiciesen lo mismo. ¡Luego no solo á los tontos agradan aquellas que obedecen á la moda!

El Sr. Ugarte, tratando igualmente de persuadirme de la mayor frivolidad de la mujer, me cita una humorística anécdota de un amigo suyo, á la que llama *un ejemplo práctico*. Está escrito con gracejo, pero nada prueba mientras oyendo á la dama aludida no podamos apreciar los motivos de sus desdenes.

Concluye mi Sr. D. Javier preguntándome, ¿si creo que hay un hombre bajo la capa de los cielos, capaz de renunciar al amor de una mujer, porque deje ésta de seguir una moda más ó menos extravagante? ¿Y no cree Vd.,—añade, aparte bromas—que es posible realmente el vice-versa?

La ingenua sinceridad que parece expresar el *aparte bromas*, revela desde luego el convencimiento del autor, de que sin esta salvedad no podía tomarse en serio su pregunta. No, Sr. Ugarte, no creo que la mujer, ni el hombre, por causa tan baladí, renuncien á un verdadero amor de que se prometan la felicidad; pero admitiéndolo en hipótesis, menos lo creería de una mujer que de un hombre. ¿Qué es lo que el hombre ama principalmente en la mujer? La belleza: no hay más que oír á cualquier enamorado, y por casualidad dice, ¡qué talento! ¡qué noble corazón! sino ¡qué hermosa!

No así la mujer: un entendimiento claro, un espíritu noble y caballeroso, son las principales dotes con que adorna al objeto de su cariño. Y sino, señores literatos, ahí tienen Vds. sus propias obras, en que procuran copiar los móviles de las pasiones y de todos los afectos: rara vez se les ocurre presentar á los galanes protagonistas enamorados de una discreta fea; pero es muy común que bosquejen á una dama prendada del valor, ó entusiasmada con la aureola de gloria que ha sabido conquistarse el hombre que la ama. ¿Y qué significa esto? Pues esto quiere decir sencillamente, que Vds. tienen el convencimiento íntimo, de que en cuestiones de corazón, la mujer, llamada por la naturaleza á formar el de sus hijos y ganarse el de su marido, tiene, porque debe tenerlas, ventajas sobre el hombre.

Restame solo decir al Sr. Trueba que su Mari-santa no habrá querido seguramente señalarse, oponiéndose á las corrientes de la moda, si bien al seguirlas lo habrá hecho con la discreción y modestia propias de tan adorable tipo. La Mari-santa joven, sentiría ese inocente deseo de agradar, que es innato en la mujer, que nace de la propia ternura de sus sentimientos, y que me parece no puede equivocarse con la vanidad, ni dejar de ser un encanto, y hasta una virtud.

Conservar el corazón del esposo, embelesar cariñosamente á los padres, alcanzar una mirada benévola de todos, hé aquí lo que generalmente anhela la mujer al engalanarse. De esta manera, ingiere suavemente la tranquilidad y la virtud en su morada, y reina en ella por las tiernas afecciones que inspira, y el encanto y dulzura que derrama en los corazones de los que la rodean.

Créame el Sr. Trueba, porque las señoras lleven los peinados altos y los trajes largos, no desplegarán menos fortaleza para las adversidades de la vida, para alentar al esposo que trabaja, para cuidar al padre achacoso ó velar al niño enfermo; ni aun para llevar á cabo los mayores actos de abnegación.

Quiero también decir al autor de los *Cuentos populares*, el cual al final de su festivo artículo apela á sus bellas concepciones como para contrarrestar lo mal que nos ha tratado en los tres que sobre las modas femeniles han brotado de su feliz pluma, que precisamente el recuerdo de Mari-santa, de la madre de Severino, y de tantas otras admirables mujeres que ha ensalzado en sus obras, es lo que me hizo tomar la pluma para acometer la atrevida empresa de discutir con escritores como él y el Sr. Ugarte.

Yo, que casi aprendí á leer en los libros de D. Antonio Trueba, no podía resignarme á dejarle incurrir, sin protestar, en la injusticia de acumular un defecto propio de hombres y mujeres, sobre estas únicamente, tratándolas de *cabezas de chorlito*.

Y á propósito de chorlito, algún idem debe ser el pajarito que habla al oído del Sr. Trueba: pues no conociéndome ninguna persona allegada al mismo, no siendo conocida en la república de las letras, pues mis pobres escritos no han visto nunca la luz pública, pasando la vida en el retiro de mi hogar, y siendo reducido el círculo de mis amistades, nadie ha podido darle noticias de mi humilde persona. También parece que el pajarito le indicó que era soltera.... decididamente ese pájaro es un pájaro muy embustero.

Doy, por mi parte, término á esta cuestión, y ruego á los Sres. D. Javier Ugarte y D. Antonio Trueba, me perdonen la osadía de rebatirles, en gracia al menos de su probervial galantería.

LUISA.

### TODO AL REVÉS.

Si faltase alguna prueba de que en este país todo está invertido, nos la daría el último drama del señor Echegaray. Veán Vds. á un hombre que, siendo un autor dramático eminente, ha consentido en ser un ministro deplorable y radical, aun cuando dicho lo primero, maldita la falta que hace decir lo segundo. El drama *En el puño de la espada*, estrenado con brillante y merecido éxito, tiene todas las bellezas y todas las incorrecciones características en el autor; pero tiene fuerza, grandeza y elevación: algo, en fin, de lo que íbamos ya olvidando los pacíficos concurrentes á nuestros teatros.

Pero ¿qué apuestan Vds. á que cree Echegaray que sus planes financieros y políticos valen más que sus comedias?

Eso que todos caminemos por la vida equivocados, es cosa corriente en España.

Aquí el labrador pierde toda su fortuna para hacer á su hijo abogado; el jurista más acreditado hace á su hijo cadete; el militar educa al suyo para cura y el cura, ya que no tiene hijos, encamina á sus sobrinos á ingenieros ó médicos.

La vocación no existe, ó no se nota la existencia; y son muy contados los casos de que un joven que tenga aficiones á ser anacoreta, se dedique á maestro de escuela ó que otro de aficiones sanguinarias y tendencias de asesino, estudie la carrera de médico. Esto es la excepción: la regla general es que el poeta sirva de empleado, el buen empleado se haga periodista, el comerciante se haga pintor y el genio musical sirva de camarero en una fonda ó de palafrenero en el Circo de caballos.

El estado natural es la paz, y nosotros queremos vivir en perpétua guerra; nos matamos unas veces por D. Carlos y otras por la federal, y haciendo revoluciones en nombre de la moral, entronizamos la inmoralidad y el despilfarro.

Usamos sombreros que no dan sombra, doble gaban en verano, aunque se asen los pájaros y frac en invierno aunque se hielen las palabras.

Si las mujeres gastan postizos, es precisamente, como ha dicho un poeta, donde menos falta hacen. Tienen su hermoso pelo negro y se lo tiñen de rubio: lo tienen rubio y se lo tiñen de negro. Reforman la belleza clásica de su talle por el molde de un corsé y siendo por naturaleza tan propensas á las caídas, usan en las botas unos tacones de media tercia, capaces por sí solos de hacer vacilar á las piernas más fuertes.

Llamamos de la Prosperidad á un barrio que no prospera, paseo de los Melancólicos á uno de los más alegres, tiramos el agua del Lozoya y aprovechamos las charcas del Manzanares. Ni la Puerta del Sol, ni Puerta Cerrada son tales puertas, ni el Postigo de San Martín tal postigo, ni la Plaza Mayor es la mayor de Madrid.

Aquí damos sueldos á los loteros y perseguimos á los jugadores; toleramos algunas industrias del bello sexo que requieren la mayor publicidad y prohibimos que salgan á la calle las que lo ejercen.

Damos á la vida el menor encanto y á la muerte la mayor ostentación, y teniendo tantas cruces en la existencia aun queremos que se nos concedan más.

Teniendo el suelo más feraz del mundo lo dejamos sin cultivo; compramos objetos de hierro extranjero, á pesar de los riquísimos minerales de nuestro territorio, y tiramos muchos años el vino por no tener donde guardarlo.

Todos, siendo seglares, queremos lo menos una mitra; y los que la tienen, suelen lamentarse por ello. Fundamos universidades y dejamos que los maestros se mueran de hambre; tenemos entre cada diez españoles un ingeniero, y no hemos pensado en formar capataces ni hábiles operarios, y compramos una herradura para ponérsela á un caballo, ó una puerta para ir haciendo una casa.

Nos reunimos los escritores, no precisamente para favorecerlos en vida, sino para hacer ostentosa nuestra muerte, y en los teatros se dan beneficios á los actores de más sueldo, que son los que menos lo necesitan.

Educamos á nuestras hijas para marquesas, aunque solo puedan aspirar á ser esposas de un menestral, y hablamos del linaje de nuestros abuelos para matar el hambre de sus nietos.

Aún no andamos de cabeza; pero, al paso que vamos, no tardará en verificarse este fenómeno, y, para

que todo marche al revés, exigimos que los lacayos sean muy políticos, aquí donde ha habido tantos políticos que merecían ser lacayos.

**A UNA NIÑA**  
MUY BLANCA (AL PARECER).

Eres muy blanca, hija mía,  
mas tu blancura es tan rara,  
que la pared y tu cara...  
tienen mucha analogía.  
Me acerco á ti lentamente,  
quiere mirarte... y no puedo...  
¿Sabes que hasta me dá miedo  
el que estemos frente á frente?  
Del sol á los rayos rojos  
no sé quien pueda aguantarte:  
una vez quise mirarte  
¡y me lloraron los ojos!  
Es tu rostro de cal viva  
y deslumbras á cualquiera:  
eres una verdadera  
*Figura decorativa.*  
No sé si al sermonearte  
encarnada te pondrás:  
¿cómo saber si lo estás  
si es preciso desconcharte?  
¿No es una gran tontería  
tapar en hora impropia  
las obras de Dios, con una  
obra de albañilería?  
O la inquisición te agrada,  
ó no sé por qué rareza  
condenas á tu belleza  
á vivir emparedada.  
Arranca á tu faz bonita  
esa deleznable capa,  
y no olvides que, á quien tapa  
lo bueno, Dios se lo quita.  
Tú eres blanca; más aún  
que el agua más hechicera;  
más blanca que el blanco-cera;  
*de doña Elisa Boldán.*  
¿Por qué vas embadurnada  
con ungüentos de la China  
y cremas y velutina  
y agua de Ortells nacarada?  
¿No sabes que todo eso  
tanto se te va á adherir,  
que te vas á convertir  
en una estatua de yeso?

Es moda poco barata  
salir de los bailes ya  
con la solapa del frá  
más blanca que la corbata.  
Vade retro; gracias mil  
y que otro mi puesto llene  
el novio que te conviene...  
es un peon de albañil.

Deseche necios pintados  
tu rostro impasible y yerto  
y entra en el bello concierto  
de los seres animados.  
De natural hermosura  
luce los preciosos dones:  
no conviertas los salones  
en museos de escultura.  
Brille tu gracia y tu sal  
sin engaños ni ficción;  
lleva blanco el corazón  
y la cara... al natural.

J. DEL CASTILLO Y SORIANO.

**CASCABELES.**

Brillantemente ha comenzado la temporada en el Teatro Real. La popular ópera *Aida* ha sido interpretada de una manera notabilísima. La señora Pozzoni, que ha debutado en esta ópera, es una artista de muchísimo talento, y me quedo corto. A la *signorina* Fosca ya la conocen Vds. Siempre canta como un ángel. De Tamberlick ¿qué he de decir? Que no hay quien pueda con él. Cuantos más años tiene está más joven, y el público le quiere cada vez más. Bocolini es el niño mimado. David, sin tocar el arpa, logra siempre ser aplaudido, y el nuevo artista Sr. Cruz cumple perfectamente su cometido.  
En verdad digo á Vds. que no tiene buen gusto el que no vaya á oír la ópera *Aida*. Felicito al empresario, á los artistas, á Verdi, autor de la ópera, á la orquesta, á la Pozzoni y á Anastasi, Anastasio, que diríamos nosotros los profanos. Este señor Anastasio, digo Anastasi, es el esposo de la señora Pozzoni. ¡Dichoso mortal! Oye cantar á su mujer antes que el público.

El maestro de escuela de Villar de Arnedo, viendo que no le pagaban su asignación, ha ido y se ha metido á chocolatero.  
Ha hecho muy retembien.  
¡Dichoso él!—dirán los infinitos maestros que no cobran—que ha podido meterse á chocolatero. Nosotros solo nos podemos meter en la caja de la parroquia.

Sepan todos los presentes—que cierta mujer carlista—en la parroquia de Oyarzun—se presentó el otro día,—y encaramándose al púlpito—muy ufana y decidida—echó un sermón, ponderando—las mil virtudes carlinas,—y animando á los pobres—que sirvan á un rey tan lila—á que le sigan sirviendo—y por él pierdan la vida.  
¡Qué cura el de la parroquia!—¡Qué mujer la que predica—guerra y destrucción! ¡Qué tontos— los que así se sacrifican,—para que el señor don Carlos—de su inocencia se ria!

He leído, no sé dónde, que Cabrera se ha gastado ocho millones de reales con los carlistas.  
Mal gusto ha tenido.  
Mejor habría sido que se hubiese guardado siete, y me hubiese dado á mi uno.  
Tendría por lo ménos una persona que le estaría agradecida, y los que se le han comido esos millones maldito si se lo agradecen.

*El Cuartel Real*, que es la *Gaceta* carlista, llama á San Sebastian la ciudad rebelde.  
Para *El Cuartel Real* todos los que no queremos que nos mande el señor de Pretendiente, que no tiene ningún derecho á mandarnos, somos unos grandes tunantes.  
¿Cuándo diablos se convence el señor de Pretendiente de que debe largarse con viento fresco?

*Llamada y tropa* es una de las más bonitas zarzuelas del repertorio, y en Jovellanos se ha representado muy bien esta semana. El Sr. Tormo está delicioso en esa zarzuela.

Merece todo el favor del público la *Revista Europea* que publican los Sres. Medina y Navarro, y que cada vez ofrece al lector más amena é interesante lectura.

Hemos recibido el nuevo libro del Sr. Alarcon, titulado *Amores y amosios*. Sin perjuicio de consagrar á su exámen la atención que merece, diremos hoy que el libro es sumamente ameno y agradable. La variedad de su lectura, los pensamientos profundos que encierra, lo interesante en las diversas narraciones que contiene, aseguran á esta obra el más lisonjero éxito.

Muy útil nos parece la obra que con el título de *Manual del juriconsulto*, ha empezado á publicar el ilustrado abogado de Barcelona Sr. D. Juan de Marfá de Quintana.  
Esta obra la consideramos indispensable, no solo para la clase de abogados, sino para todos los que intervienen en actos judiciales, y está destinada, sin duda, á obtener un gran éxito.

Llegamos tarde para hablar de la solemne fiesta con que la ciudad de Alcalá de Henares ha celebrado este año el aniversario del natalicio de Miguel de Cervantes. Todos los periódicos han publicado detalles de la patriótica y literaria solemnidad que acredita la ilustración del Ayuntamiento de Alcalá.  
Ahora sí que podemos asegurar que el monumento á Cervantes se levantará en Alcalá.  
Como ya dijimos, hace mucho tiempo, el municipio de Alcalá piensa en rendir ese tributo de admiración á Cervantes, y en sus presupuestos tiene consignados mil duros anuales con tal objeto.  
La suscripción progresará indudablemente en Madrid, en provincias y en América, y pronto podrá emprenderse la grande obra, á la que estamos seguros de que se asociarán todas las clases y todas las fortunas.  
Felicitamos sinceramente al Ayuntamiento de Alcalá.

No puede estar quejoso el distinguido actor don Victoriano Tamayo, del recibimiento que le ha hecho el público de Madrid. En el *Drama nuevo* se le ha aplaudido con el mayor entusiasmo, lo mismo que á la señorita Boldán, que realmente interpreta muy bien el papel de Alicia. Tamayo, faltando ya Arjona, es el que mejor representa el difícil papel de Yorik.

IMPRESA DE EL CASCABEL,  
Calle del Cid, núm. 4, (Recoletos.)

**ANUNCIOS.**

A REAL LA LINEA.

A REAL LA LINEA.

Se reciben en la Administración: Plaza de Matute, núm. 2, librería.

**LA FUNERARIA.**  
PRECIADOS, 70.  
SERVICIO DIA Y NOCHE.  
Caso especial para toda clase de servicios y construcción de sifones fúnebres. Diligencias civiles y eclesiásticas, embalsamamientos, exhumaciones, traslados á provincias y al extranjero por coches especiales con traidos al efecto.—Zuministrándose gratis toda clase de permisos, rogamos al público nos consulte antes de adquirir ningún compromiso.

**LOS NIÑOS.**  
REVISTA DE EDUCACION Y RECREO  
DIRIGIDA  
POR D. C. FRONTEAURA.  
Todos los padres de familia deben suscribir á LOS NIÑOS á sus hijos.  
Un año en Madrid. . . . . 40 reales.  
" " en provincias. . . . . 50 " "  
Por seis meses 22 y 28 respectivamente.  
Dirigirse á la Administración,

**MUJERES DEL EVANGELIO**  
CANTOS RELIGIOSOS  
escritos por el malogrado  
LARMIG  
Segunda edición aumentada con el precioso canto.  
LA HIJA DE JAIRO  
Obra recomendada por la censura eclesiástica.  
Se vende á 4 rs. para toda España en la Administración de EL CASCABEL, Plaza de Matute, 2.

**LIBRERÍA**  
DE  
**T. SANCHIZ.**  
—  
2.—Matute.—2.

**VÍCTOR HUGO.**

*El último día de un sentenciado á muerte.*  
Traducción de Mariano Blanch.  
*El reo de muerte y el verdugo*, por José de Espronceda: forma junto 1 tomo en 8.<sup>o</sup> mayor y véndese al precio de UNA PESETA en las principales librerías de Madrid y provincias.  
Los pedidos dirigirlos al editor Manuel Sauri.—Barcelona.

**BARAJA GEOGRAFICA**  
DEDICADA Á LOS NIÑOS  
por el coronel geógrafo  
**SEÑOR LOPEZ FABRA**  
Util é instructivo entretenimiento para los niños. Quedan poquitos ejemplares, y se venden á 8 rs. en la Administración de EL CASCABEL, Plaza de Matute 2. Se envían á provincias á quien remita 8 reales á la Administración de EL CASCABEL.

ESTUDIO  
SOBRE  
**LA FRANCMASONERIA**  
POR  
MONSEÑOR DUPANLOUP  
OBISPO DE ORLEANS.  
Un tomo en 8.<sup>o</sup>—Precio: 1 peseta.—  
Véndese en las principales librerías de Madrid y provincias.—Los pedidos á LA ANTIGUARIA, plaza de San Sebastian, número 5, Barcelona.

En este establecimiento se hallan á la venta, además de libros de ciencias, educación y recreo, otros escritos *ad hoc* para niños, con bonitas encuadernaciones al cromó y en tela con planchas doradas, entre ellos las *Flores del cielo*, *Cuentos orientales y americanos*, *Comedias infantiles*, etc., etc.  
También hay abundante surtido de estampas, cromos, tarjetas de felicitación, tentos, decoraciones, cartulinas, etc.; y toda clase de objetos de escritorio, tintas de sellar y de escribir, negra y de colores y lacébre REINA DE LAS PLUMAS para letra española.  
Asimismo se encarga de proporcionar y remitir todos los libros que se le pidan.